

RASCACIELOS

J. G. BALLARD

Traducción de David Tejera Expósito

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *High-Rise*

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1975, J. G. Ballard

All rights reserved

© de la traducción: David Tejera Expósito, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-075-9

Depósito legal: M. 4.958-2018

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Masa crítica

Un tiempo después, sentado en la terraza mientras se comía al perro, el doctor Robert Laing reflexionó sobre los acontecimientos extraordinarios que habían tenido lugar en el interior de aquel enorme edificio de apartamentos a lo largo de los tres meses anteriores. Ahora que todo había vuelto a la normalidad, le sorprendió que no hubiera un punto de partida manifiesto, una señal tras la que sus vidas hubieran pasado a una dimensión claramente más siniestra. Con sus cuarenta pisos y miles de apartamentos, un supermercado, las piscinas y la escuela primaria —todos ellos abandonados a su suerte—, el rascacielos ofrecía oportunidades más que sobradas para la violencia y la confrontación. Pero el estudio que tenía en el piso 25 era, a decir verdad, el último lugar que Laing habría elegido antes de lo ocurrido para lidiar en una refriega. Después de divorciarse, había comprado aquella celda de lujo, ubicada casi al azar en la fachada del peñasco que era el edificio de apartamentos, justo porque era tranquila, silenciosa y recóndita. A pesar de los esfuerzos de Laing por pasar desapercibido a sus dos mil vecinos y al sistema de molestias y disputas triviales fruto de aquella vida gregaria, había sido en ese preciso lugar donde había transcurredo el primer acontecimiento significativo, en ese balcón en el que ahora estaba acucillado junto a un fuego encendido con listines telefónicos y comía los crujientes cuartos traseros del alsaciano antes de ir a dar clase a la Facultad de Medicina.

Mientras preparaba el desayuno poco después de las once en punto de una mañana de sábado de hace tres meses, al doctor Laing lo sobresaltó una explosión en la terraza contigua al salón. Una botella de vino espumoso había caído de un piso que se encontraba quince metros por encima, rebotado en un toldo mientras se precipitaba al vacío y estallado contra el suelo alicatado de la terraza.

La moqueta del salón se manchó de espuma y se llenó de cristales rotos. Laing, descalzo entre las esquirlas afiladas, observó cómo el vino agitado se deslizaba por las baldosas rotas. Muy por encima de él, en el piso 31, se celebraba una fiesta. Oía el ruido de las conversaciones más animadas de lo normal, el belicoso retumbar de un tocadiscos. Uno de esos invitados bulliciosos habría tirado la botella por encima de la barandilla. Como era de esperar, ninguno de los presentes se había preocupado lo más mínimo por el lugar donde había caído aquel proyectil; pero, como bien había aprendido Laing, a los habitantes de los rascacielos no les solían importar los inquilinos que se encontraban más de dos pisos por debajo de ellos.

Laing cruzó el charco cada vez más grande de espuma blanca, resuelto a averiguar cuál era el apartamento. No le costó imaginarse allí, inmerso en la mayor resaca de la historia. Se asomó por la barandilla y echó un vistazo hacia arriba por la fachada del edificio para contar los balcones con esmero. Como de costumbre, la cabeza le dio vueltas al reparar en las dimensiones de aquel bloque de cuarenta pisos. Bajó la vista hacia el suelo alicatado y se apoyó contra la columna de la puerta. La dilatada extensión de espacio abierto que separaba el edificio del rascacielos más cercano, que se encontraba a cuatrocientos metros, había turbado su sentido del equilibrio. En ocasiones se sentía como si viviera en la góndola de una noria, suspendido para siempre a cien metros sobre el suelo.

No obstante, a Laing aún le entusiasmaba la idea de vivir en un rascacielos, uno de los cinco bloques idénticos que se habían proyectado en aquella zona residencial, y el primero que se había construido y habitado. Los cinco estaban dispuestos a lo largo de una zona portuaria de un kilómetro y medio llena de almacenes en la orilla septentrional del río. Los cinco rascacielos se encontraban en el cerco oriental del proyecto, junto a un lago ornamental que

ahora era poco más que una cuenca vacía de hormigón rodeada de aparcamientos y materiales de construcción. En la otra orilla había una sala de conciertos recién acabada de construir, encajada entre la Facultad de Medicina en la que trabajaba Laing y los nuevos estudios de televisión. El tamaño monumental de aquella arquitectura de cristal y hormigón, sumado a su llamativa ubicación junto a uno de los meandros del río, marcaba la diferencia entre aquella zona residencial y la decadencia de las zonas colindantes, cuyas decrepitas y decimonónicas casas con terrazas y fábricas vacías se preparaban para ser rehabilitadas.

A pesar de la proximidad de la City, a poco más de tres kilómetros hacia el oeste siguiendo el curso del río, los edificios de oficinas del centro de Londres parecían pertenecer a un mundo diferente, como si se hallaran en otro lugar y en otra época. La polución del tráfico emborronaba las paredes acristaladas y las antenas de telecomunicaciones, y también desdibujaba los recuerdos de Laing. Cuando, seis meses antes, rescindió el alquiler de la casa en Chelsea para mudarse a la seguridad del rascacielos, fue como si hubiera viajado cincuenta años hacia el futuro, lejos de calles abarrotadas, atascos y viajes en hora punta en el metro para las tutorías a sus alumnos en un despacho compartido del viejo hospital universitario.

Por otra parte, en el lugar donde se encontraba ahora, su vida se definía por el espacio, la luminosidad y los placeres de disfrutar de cierto anonimato. El viaje en coche al Departamento de Fisiología de la Facultad de Medicina le llevaba cinco minutos. Era el único desplazamiento que tenía que realizar, ya que su vida en el rascacielos era tan autosuficiente como el propio edificio. De hecho, el bloque de apartamentos se podía considerar una pequeña ciudad vertical habitada por dos mil inquilinos que se elevaban hacia los cielos. Los vecinos eran los propietarios del edificio y lo administraban por sí solos valiéndose de un director residente y de su equipo.

Gracias a su tamaño, el rascacielos disponía de una gama de servicios sensacional. Todo el piso 10 era un amplio vestíbulo del tamaño de la cubierta de un portaviones que contaba con un supermercado, un banco, un salón de belleza, una piscina, un gimnasio, una licorería bien abastecida y una escuela infantil para los pocos niños que había en el edificio. Muy por encima de Laing, en el piso 35, había

otro similar, con una piscina más pequeña, una sauna y un restaurante. Abrumado por la abundancia de servicios, a Laing no le costaba mucho quedarse en el edificio. Desembaló su colección de discos para ponerle banda sonora a su nueva vida, sentado en la terraza mientras echaba un vistazo a los aparcamientos y las plazas de hormigón que había a sus pies. A pesar de que el apartamento solo se encontraba en el piso 25, sintió por primera vez que observaba el mundo desde los cielos, en lugar de mirar a los cielos desde abajo. A medida que pasaban los días, las torres del centro de Londres parecían cada vez más lejanas, como el paisaje de un planeta abandonado que desaparecía poco a poco de su mente. En contraste con la tranquilidad y la geometría apacible de la sala de conciertos y los estudios de televisión que tenía debajo, el perfil irregular de la ciudad parecía el caótico encefalograma de una crisis mental inconclusa.

El apartamento le había costado caro. Era un estudio de un dormitorio con cocina y baño unidos para ahorrar espacio y que no hubiese pasillos. Laing le había comentado a su hermana Alice Frobisher, que vivía con su marido publicista en un apartamento mayor tres pisos por encima: «El arquitecto debe de haber pasado todos los años de formación en una cápsula espacial. Me sorprende que las paredes no sean curvas».

Al principio, el paisaje de hormigón de la zona residencial producía en Laing una sensación de hostilidad, como si se tratara de una arquitectura diseñada para la guerra, aunque solo fuera a nivel instintivo. Después del estrés que le había causado el divorcio, lo último que quería era levantarse cada mañana y ver una hilera de búnkeres de hormigón.

No obstante, Alice no tardó en convencerlo del atractivo intangible de vivir en un rascacielos de lujo. Era siete años mayor que él y había valorado con perspicacia las necesidades de su hermano durante los meses posteriores al divorcio. Destacó la eficiencia de los servicios que había en el edificio y la privacidad total. «Podrías estar solo en un edificio vacío. Piensa en ello, Robert», dijo, pero luego se contradijo: «Además, está lleno del tipo de gente a la que te gustaría conocer».

Con esa afirmación, su hermana había dicho algo que no se le había pasado por alto durante las visitas para ver el apartamento.

Los dos mil inquilinos conformaban un grupo casi homogéneo de profesionales adinerados: abogados, doctores, asesores fiscales, académicos experimentados y ejecutivos de marketing, y también un grupo más pequeño de pilotos, técnicos de la industria cinematográfica y tríos de azafatas de vuelo que compartían apartamentos. Con arreglo a los criterios económicos y educativos habituales, cabía esperar que todos ellos se parecieran más que los miembros de ninguna otra sociedad, y que tuvieran los mismos gustos, actitudes, pasiones y caracteres. Todo eso se reflejaba en el tipo de automóviles que llenaban los aparcamientos del rascacielos, en la forma elegante pero estereotipada en que amueblaban los apartamentos, en las carnes sofisticadas que elegían en el supermercado o en la seguridad de su tono de voz. En pocas palabras, constituían el trasfondo perfecto en el que Laing podía pasar del todo desapercibido. La imagen dramática de encontrarse solo en un edificio vacío que le había descrito su hermana estaba más cerca de la realidad de lo que Laing había pensado. El rascacielos era una máquina enorme que no estaba diseñada para servir al colectivo de inquilinos, sino a quienes vivían en soledad. Los conductos de aire acondicionado, ascensores, sumideros de basura y sistemas eléctricos ofrecían un interminable suministro de atenciones y cuidados que apenas un siglo antes habría necesitado una legión de sirvientes incansables.

Además, habían nombrado a Laing profesor no numerario de fisiología en la nueva Facultad de Medicina. Comprar un apartamento cerca de ella tenía sentido. También lo ayudó una vez más a posponer la decisión de dejar la docencia y pasarse a la medicina general. Como solía decirse Laing a sí mismo, sus verdaderos pacientes estaban aún por llegar. ¿Los encontraría quizá en el rascacielos? Racionalizando las dudas sobre el coste que suponía el apartamento, Laing firmó un contrato de arrendamiento a noventa y nueve años y se mudó a la milésima parte que le correspondía en la fachada de aquel despeñadero.

En las alturas, los sonidos de la fiesta no habían cesado, magnificados por las corrientes de aire que soplaban erráticas por el edificio. Las últimas gotas de vino cayeron por el canalón de la terraza

y burbujearon por las tuberías immaculadas. Laing puso el pie descalzo sobre las baldosas frías y arrancó la etiqueta de un pedazo de cristal con los dedos. Reconoció el vino al instante. Era una imitación de champán caro que se vendía ya frío en la licorería del piso 10; se trataba de uno de los productos más populares.

La tarde anterior habían bebido el mismo vino en la fiesta que había dado Alice, un acontecimiento que, a su manera, había sido casi tan confuso como el que tenía lugar en ese momento por encima de él. Como estaba demasiado inquieto después de una prueba en los laboratorios de fisiología que le había llevado toda la tarde, y con un ojo puesto en una atractiva invitada, Laing había tenido contra todo pronóstico un pequeño enfrentamiento con sus vecinos de al lado en el piso 25, un cirujano maxilofacial joven y ambicioso llamado Steele y su mujer, una prepotente asesora de moda. Mientras conversaban entre los efluvios del alcohol, Laing reparó de improviso en que los había ofendido al mencionar el conducto de basura que compartían. La pareja lo había arrinconado contra el bar de su hermana. Una vez allí, Steele lo sometió a un interrogatorio de preguntas cáusticas, como si se tratara de un paciente negligente con su salud bucal. Su cara enjuta y su cabello peinado con la raya al medio, cosa que él siempre asociaba a una personalidad extravagante, se acercaron cada vez más. Laing llegó a pensar que le iba a embutir unas pinzas de metal o un retractor entre los dientes. Su vehemente y sofisticada esposa también contribuyó en el asalto, ofendida en cierto modo por la actitud displicente de Laing, por lo despectivo de su conducta frente al hecho solemne de vivir en el rascacielos. A la mujer le inquietaban de manera manifiesta la debilidad de Laing por beber cócteles antes del almuerzo, el que tomara el sol desnudo en la terraza y lo chabacano de su conducta en general. Sin duda opinaba que alguien de treinta años como Laing debía trabajar en una consulta moderna, y ser tan digno y estar tan orgulloso de sí mismo como su marido. Consideraba a Laing como una especie de prófugo dentro de la profesión, alguien que había tomado una ruta secreta hacia un mundo que demandaba menos responsabilidad.

Esta discusión de poca monta tomó por sorpresa a Laing, pero después de llegar al edificio de apartamentos había descubierto

que los demás habitantes del rascacielos ocultaban su animadversión incluso con menos disimulo. Vivir en el rascacielos era como tener otra vida. La charla en la fiesta de Alice se movía a dos niveles: a poca distancia de la frivolidad de los cotilleos profesionales había una rígida capa de rivalidad personal. A veces pensaba que todos deseaban que alguien cometiera un error imperdonable.

Después del desayuno, Laing limpió los cristales de la terraza. Dos de las baldosas decorativas se habían roto. Un poco irritado, cogió el cuello de la botella, que aún tenía puestos el corcho y el papel de aluminio, y lo tiró por encima de la barandilla de la terraza. Un instante después se oyó cómo estallaba contra los coches aparcados debajo.

Laing recobró la compostura y se asomó con cuidado por el saliente, ya que podría haberle roto el parabrisas a alguien. Se rio en voz alta por lo aberrante de sus actos, y elevó la vista hasta el piso 31. ¿Qué celebraban a las once y media de la mañana? Laing oyó cómo los ruidos se incrementaban a medida que llegaban más invitados. ¿Habría empezado esa fiesta a primerísima hora de la mañana por error o tal vez había durado toda la noche y ahora comenzaba a remontar? El reloj interno del rascacielos, como un clima psicológico artificial, tenía su propio ritmo, generado por la combinación de alcohol e insomnio.

En la terraza que quedaba justo encima de la suya en diagonal, una de las vecinas de Laing, Charlotte Melville, llevaba una bandeja de bebidas a una mesa. Consciente de su extenuado hígado, Laing recordó que, en la fiesta que Alice había organizado la tarde anterior, había aceptado una invitación para tomar un cóctel. Había tenido suerte, y Charlotte lo había rescatado de ese cirujano maxilofacial obsesionado con el conducto de basura. Laing había estado demasiado borracho como para llegar a ninguna parte con esa atractiva viuda de treinta y cinco años, pero sí había descubierto que era redactora y propietaria de una pequeña pero proactiva agencia de publicidad. La sencillez y la proximidad del apartamento de la mujer llamaban la atención de Laing, a quien emocionaba esa mezcla de lujuria y oportunidad romántica. Era consciente de que la edad lo volvía más romántico, y también más insensible.

Laing no dejaba de pensar en la abundancia de sexo que proporcionaba el rascacielos. Esposas aburridas que vestían como si acudieran a una espléndida gala de medianoche en la azotea de observación, deambulando por las piscinas y los restaurantes durante las horas muertas del principio de la tarde o paseando del brazo por el vestíbulo del piso 10. Laing las miraba, fascinado pero precavido, mientras caminaban tranquilas. A pesar de su impostado cinismo, sabía que después del divorcio se hallaba en una situación vulnerable, y que un amorío placentero con Charlotte Melville o con cualquier otra podía precipitarlo a otro matrimonio. Se había mudado al rascacielos para escapar de cualquier tipo de relación. Incluso la presencia de su hermana y cómo esta le recordaba a su histórica madre, la viuda de un médico que comenzaba a darse a la bebida, lo hacía sentir incómodo.

No obstante, Charlotte había conseguido deshacerse de todos esos temores de un plumazo. Aún le preocupaba que su marido hubiera muerto de leucemia, así como el bienestar de su hijo de seis años y, como le confesó a Laing, el insomnio, que era una afección muy habitual en el rascacielos, casi una epidemia. Cuando se enteraban de que era médico, todos los inquilinos que había conocido sacaban a colación los problemas que tenían para dormir. En las fiestas, la gente hablaba del insomnio de la misma manera en que lo hacían de los defectos de construcción que le veían al bloque de apartamentos. Durante las primeras horas de la mañana, los dos mil inquilinos sucumbían ante una marea silenciosa de secobarbital.

Laing había conocido a Charlotte en la piscina del piso 35, donde solía ir a nadar, en parte para estar solo y en parte para evitar a los niños que frecuentaban la del piso 10. La mujer no vaciló en aceptar la invitación para almorzar en un restaurante, pero cuando se sentaron a la mesa le dijo de manera categórica: «Mira, lo único que quiero es hablar de mí».

Eso le había gustado a Laing.

Cuando llegó al apartamento de Charlotte a mediodía, ya había un segundo invitado, un productor de televisión llamado Richard Wilder. Era un hombre musculoso y pendenciero que había sido

jugador profesional de rugby y vivía con su esposa y sus dos hijos en el piso 2 del edificio. Las fiestas estridentes que montaba con sus amigos en los pisos inferiores, llenos de pilotos y azafatas de vuelo que compartían piso, ya lo habían convertido en foco de varias disputas. En cierto modo, el horario irregular de los inquilinos de los niveles inferiores los había alejado de los de los superiores. Guiada por la imprudencia, en cierta ocasión la hermana de Laing le había confiado entre susurros que había un burdel en algún lugar del rascacielos. Los desplazamientos misteriosos de las azafatas que buscaban socializar, sobre todo en los pisos superiores, sin duda inquietaban a Alice, como si de alguna manera interfirieran en el orden natural del edificio, como si el sistema de presidencia se basara únicamente en el número del piso en que habitaban. Laing había reparado en que tanto él como los vecinos de su piso eran mucho más tolerantes con los ruidos procedentes de los superiores que con los de los inferiores. No obstante, le gustaba Wilder, con esa voz estridente y esos gestos que parecían sacados de una melé de rugby. Aportaba al bloque de apartamentos la cantidad necesaria de extrañeza. La relación de Wilder con Charlotte Melville era difícil de calibrar, ya que la agresividad sexual del hombre estaba recubierta por un tremendo nerviosismo. No era de extrañar que su mujer, una titulada superior joven y pálida que reseñaba libros infantiles para suplementos literarios semanales, siempre pareciera estar cansada.

Laing estaba sentado en la terraza y aceptó una copa que le ofreció Charlotte mientras el ruido de la fiesta no dejaba de descender, impulsado por una brisa radiante, como si se agitara el propio cielo. Charlotte señaló un fragmento de cristal de la terraza de Laing que había escapado a la escobilla.

—¿Lo han atacado? He oído que caía algo. —Luego le dijo a Wilder, que estaba recostado en el centro del sofá y se contemplaba las piernas—: Han sido esos del piso 31.

—¿Quiénes? —preguntó Laing.

Suponía que Charlotte se refería a un grupo específico, una camarilla de actores de cine muy agresivos o de asesores fiscales, o quizá una multitud de dipsómanos intransigentes. Pero Charlotte se limitó a encogerse un poco de hombros, como si no tuviera por

qué entrar en detalles. Estaba claro que en su mente podía diferenciarlos, como si fuera capaz de describir sin problemas a la gente atendiendo al piso en el que vivían.

—Por cierto, ¿qué celebran? —preguntó Laing cuando volvieron al salón.

—¿No lo sabe? —Wilder gesticuló hacia las paredes y el techo—. Se ha llenado. Hemos alcanzado la masa crítica.

—Lo que Richard quiere decir es que ya se han ocupado todos los apartamentos —explicó Charlotte—. Y la agencia nos aseguró que habría una fiesta gratis cuando vendieran el apartamento número mil.

—Me gustaría ver si consiguen mantenerlos —remarcó Wilder. Le encantaba desprestigiar el rascacielos—. Se suponía que el esquivo Anthony Royal nos iba a proporcionar el bebercio. Creo que sabe quién es —le dijo a Laing—. El arquitecto que diseñó nuestro paraíso colgante.

—Jugamos juntos al *squash* —intervino Laing. Luego, consciente del tono desafiante que destilaba la voz de Wilder, añadió—: No lo conozco mucho, pero me gusta.

Wilder se reclinó hacia delante y encajó la pesada cabeza entre los puños. Laing se dio cuenta de que no dejaba de inspeccionarse, bien mesándose el vello de las enormes pantorrillas, bien oliéndose el dorso de las arrugadas manos, como si acabara de descubrir su propio cuerpo.

—Ha tenido el honor de conocerlo —indicó Wilder—. Me gustaría saber la razón. Es una persona solitaria. No puedo evitar estar resentido con él, pero también me da algo de pena, escrutándonos en las alturas como si fuese una especie de ángel caído.

—Tiene un ático —comentó Laing. No quería meterse en problemas a causa de su breve amistad con Royal. Había conocido a aquel adinerado arquitecto, exmiembro del consorcio que había diseñado la zona residencial, mientras se recuperaba de un leve accidente de tráfico. Laing lo había ayudado a montar la complicada máquina de calistenia en el ático en el que Royal pasaba todo su tiempo, epicentro de toda curiosidad e interés. El resto de los inquilinos no dejaba de repetir que Royal vivía «en lo alto» del edificio, como si se tratara de algún tipo de refugio cautivador.

—Royal fue el primero en mudarse al edificio —informó Wilder—. Hay algo en él que no termino de entender. Quizá sea un sentimiento de culpa. Se pasa el día ahí arriba como si esperara a que lo descubrieran. Pensé que se iba a marchar hace meses. Teniendo como tiene una joven esposa rica, ¿por qué se queda en este edificio pretencioso? —Antes de que Laing pudiera reprocharle nada, Wilder continuó—: Sé que Charlotte tiene sus reservas respecto a vivir aquí. El problema de estos sitios es que no están diseñados para los niños. El único espacio abierto que puedes encontrar es el aparcamiento de otra persona. Por cierto, doctor, me estoy planteando realizar un documental para televisión sobre los rascacielos, una visión sin concesiones de las presiones físicas y psicológicas que comporta vivir en un condominio gigantesco como este.

—Aquí tiene mucho material.

—Demasiado, como siempre. Me pregunto si a Royal le gustaría participar. Quizá le pueda preguntar, doctor. Al ser uno de los arquitectos del edificio, y también el primer inquilino, su punto de vista podría ser interesante. El suyo también...

Mientras Wilder soltaba aquella verborrea y las palabras desbordaban el humo del cigarrillo que expulsaba por la boca, Laing centró la atención en Charlotte. La mujer observaba a Wilder con atención, asentía cada vez que el hombre señalaba algo. A Laing le gustaban la determinación que mostraba al defenderse a sí misma y a su hijo pequeño, el raciocinio y el sentido común que mostraba. El matrimonio de Laing con una colega especialista en medicina tropical había sido corto y un desastre tremendo, un reflejo de Dios sabe qué carencias. Sin atisbo de duda, Laing se había precipitado a una relación con una doctora joven, ambiciosa y malhumorada para la que el hecho de que Laing no quisiera dejar la enseñanza —que ya era sospechoso de por sí— y se inmiscuyera en los aspectos políticos de la medicina preventiva había resultado ser una coartada inmejorable para entablar todo tipo de riñas y disputas. Tras seis meses juntos, la mujer se había unido de improviso a una organización internacional de ayuda humanitaria que la había enviado fuera tres años. Laing no había hecho el esfuerzo de seguirla. Por razones que aún le resultaban inexplicables, había sido

reacio a dejar la enseñanza y la manifiesta pero incierta seguridad de codearse con estudiantes que casi tendrían su edad.

Supuso que Charlotte lo entendería. Laing ya fantaseaba en su fuero interno acerca del rumbo que podría tomar una relación con ella. Había empezado a interesarse por la proximidad y al mismo tiempo la distancia que aportaba el rascacielos, por ese trasfondo emocional neutro en el que podían producirse todo tipo de relaciones fascinantes. Por algún motivo, lo repelió aquel encuentro, que aún no era más que una invención suya, como si sintiera que todos los inquilinos ya tenían una relación muy profunda aunque no se dieran cuenta. Como si los uniera una red intangible de intrigas y rivalidades.

Como había supuesto, incluso aquel encuentro en apariencia fortuito en el apartamento de Charlotte había sido una argucia encaminada a conocer su opinión sobre los residentes de los niveles superiores que intentaban excluir a los niños de la piscina del piso 35.

—Los términos del contrato nos garantizan el acceso a todas las instalaciones —explicó Charlotte—. Hemos decidido crear una asociación de padres.

—¿Eso no me deja fuera?

—Necesitamos a un médico en el comité. Los argumentos pediátricos serán mucho más sustanciales si los formula usted, Robert.

—Bueno, quizá...

Laing era reacio a entregarse a la causa. Sin comerlo ni beberlo, podría convertirse en el personaje de un documental lacrimógeno o verse obligado a tomar parte en una sentada ante el despacho del director del edificio. Como aún no estaba dispuesto a participar en las riñas entre los distintos pisos, se levantó e indicó que se marchaba. Mientras lo hacía, Charlotte ya estaba preparando una lista de quejas. Sentada junto a Wilder, empezó a enumerar las que iba a entregarle al director, como una profesora concienzuda que preparara el temario para el siguiente trimestre.

Cuando Laing regresó a su apartamento, la fiesta del piso 31 ya había terminado. La terraza estaba en silencio, y pudo disfrutar del magnífico juego de luces que despedía el bloque colindante que se encontraba a casi cuatrocientos metros de distancia. Lo acababan

de terminar, y daba la casualidad de que los primeros inquilinos se habían mudado allí la misma mañana en que el último había llegado a su edificio. Un camión de mudanzas daba marcha atrás frente a la entrada del montacargas. Las alfombras, altavoces estéreo, tocadores y lamparillas no tardarían en ascender por el hueco del ascensor para conformar los elementos de un mundo privado.

Laing pensó en la oleada de emoción y placer que sentirían los nuevos inquilinos cuando miraran por primera vez desde el saliente que tenían en la pared del precipicio, y la comparó con la conversación que acababa de oír entre Wilder y Charlotte Melville. Aunque no le gustara, ahora tenía que aceptar algo que había tratado de reprimir: que los seis meses anteriores habían sido un periodo de riñas entre los vecinos, de disputas triviales a causa de los desperfectos de los ascensores y del aire acondicionado, de fallos eléctricos inexplicables, de ruidos, de peleas por conseguir un aparcamiento libre y, por resumir, la multitud de defectos menores que los arquitectos deberían haber dejado fuera del diseño de aquellos carísimos apartamentos. Las tensiones subyacentes entre los inquilinos estaban muy presentes, pero en parte se veían sofocadas por la actitud civilizada que había en el edificio y en parte por la evidente necesidad de que aquel enorme bloque de apartamentos fuera un éxito.

Laing recordó un incidente nimio pero desagradable que había tenido lugar la tarde anterior en la zona comercial del piso 10. Mientras esperaba a que pagaran un cheque en el banco, se había producido un altercado por fuera de las puertas de la piscina. Un grupo de niños aún mojados se apartaba de la silueta imponente de un contable de costes del piso 17. Helen Wilder lo encaraba a pesar de que no era rival para él. La belicosidad de su marido la había privado de toda seguridad en ella misma. Nerviosa, intentaba controlar a los niños mientras escuchaba con estoicidad la reprimenda del contable, aunque trataba de rebatirla en ocasiones con un hilillo de voz.

Laing se había alejado del mostrador del banco y caminaba hacia ellos entre las cajas abarrotadas del supermercado e hileras de mujeres bajo los secadores del salón de belleza. Con la esperanza de que lo reconociera, llegó al lugar en el que se encontraba la se-

ñora Wilder y oyó que el contable se quejaba de que no era la primera vez que los niños orinaban en la piscina.

Laing intercedió de manera escueta, pero el contable se marchó airado por las puertas batientes de la piscina, creyendo haber intimidado a la señora Wilder lo suficiente como para que aquella camada de niños no regresara jamás.

—Gracias por ponerte de mi parte... Se suponía que Richard tenía que estar aquí. —Se apartó un húmedo mechón de pelo de la cara—. Se ha vuelto imposible. Hemos acordado un horario para los niños; aun así, los adultos no dejan de venir. —Agarró del brazo a Laing y echó un vistazo rápido por el concurrido vestíbulo—. ¿Te importa acompañarme al ascensor? Puede que suene paranoico, pero me empieza a preocupar que algún día lleguen a las manos. —Se estremeció debajo de la toalla empapada mientras empujaba a los niños—. Es como si estas personas no vivieran aquí.

Por la tarde, Laing se sorprendió reflexionando sobre el último comentario de Helen Wilder. Por absurda que sonara aquella afirmación, había algo de verdad en ella. De vez en cuando, sus vecinos, el cirujano maxilofacial y señora, se asomaban por la terraza de su apartamento y miraban a Laing con el ceño fruncido, como si desaprobaran la manera relajada en la que se echaba en la silla reclinable. Laing intentó visualizar la vida de la pareja, sus aficiones, conversaciones y relaciones sexuales. Imaginar cualquier tipo de realidad doméstica era complicado, como si los Steele fueran una pareja de agentes secretos incapaces de interpretar un papel conyugal. Por el contrario, Wilder sí parecía real, aunque estaba fuera de lugar en el rascacielos.

Laing se tumbó en la terraza para contemplar cómo avanzaba el ocaso en las fachadas de los bloques adyacentes. El tamaño de los edificios parecía variar a medida que la luz recorría las fachadas. A veces, cuando regresaba de la Facultad de Medicina por las tardes, estaba convencido de que el rascacielos se las había ingeniado para crecer durante su ausencia. El bloque de cuarenta pisos que se elevaba sobre patas de hormigón le parecía aún más alto, como si un grupo ocioso de los obreros que trabajaban en los estudios de televisión le hubiera añadido un piso más. Los cinco edi-

ficios de apartamentos que se encontraban en la zona residencial de kilómetro y medio del cerco oriental formaban una empalizada que, cuando llegaba el atardecer, sumía en la oscuridad las calles de las afueras que tenía debajo.

La estructura del rascacielos parecía desafiar al mismísimo sol. Anthony Royal y los arquitectos que lo habían diseñado no habían sido capaces de anticipar las dramáticas confrontaciones que cada mañana tenían lugar entre aquellos bloques de hormigón y el sol del amanecer. Parecía apropiado que el sol se avistara primero entre las patas de los bloques de apartamentos, y se alzara en el horizonte con cuidado de no despertar a aquella hilera de gigantes. Desde el despacho que tenía en el último piso de la Facultad de Medicina, Laing veía por las mañanas cómo las sombras de los edificios se cernían por los aparcamientos y plazas vacías de la zona residencial, como si se acabaran de abrir las compuertas que daban paso a un nuevo día. Pese a las reservas que tenía al respecto, Laing fue el primero en admitir que aquellos edificios gigantes habían vencido en su intento de conquistar los cielos.

Poco después de las nueve de la noche de ese mismo día, un fallo eléctrico dejó sin suministro a los pisos 9, 10 y 11. Al recordar lo ocurrido, Laing se sorprendió por el grado de confusión imperante durante los quince minutos que duró el apagón. Había unas doscientas personas en el vestíbulo del piso 10, muchas de las cuales resultaron heridas a causa de la avalancha en dirección a los ascensores y las escaleras que tuvo lugar en aquel momento. Se produjo una cantidad nimia pero desagradable de altercados en la oscuridad entre los que querían bajar a sus apartamentos de los niveles inferiores y los que insistían en escapar hacia arriba, hacia las zonas más ventiladas del edificio. Durante el apagón dejaron de funcionar dos de los veinte ascensores. Se desconectó el aire acondicionado, y una mujer que estaba atrapada en un ascensor entre los pisos 10 y 11 sufrió un ataque de histeria, probablemente después de haber sido víctima de una leve agresión sexual. Al volver, las luces revelaron aquel vergel de relaciones ilícitas que florecía como plantas carnívoras bajo la indulgencia de la oscuridad total.

Cuando ocurrió todo aquello, Laing se encontraba de camino al gimnasio. Como no quería toparse con la multitud del vestíbulo,

esperó en un aula vacía de la escuela infantil. Se sentó en soledad en uno de los pequeños pupitres para niños, rodeado de los vagos trazos de los graciosos dibujos que estaban colgados de las paredes, y se dedicó a escuchar cómo los padres gritaban y discutían en la zona de ascensores. Cuando volvieron las luces, se abrió paso a través de los exaltados inquilinos e hizo todo lo posible por calmarlos. Ayudó a llevar a la mujer que había sufrido el ataque de histeria en el ascensor hasta un sofá del vestíbulo. La robusta mujer de un joyero del piso 40 lo atenazó por el brazo y no lo soltó hasta que apareció su marido.

A medida que se dispersaba la multitud, que no había dejado de pulsar con insistencia los botones del ascensor correspondientes a sus pisos, Laing descubrió que dos niños se habían ocultado en otra de las aulas durante el apagón. Ahora se encontraban de pie junto a la entrada de la piscina y se apartaban a la defensiva de la alta silueta del contable de costes del piso 17. Aquel autoproclamado guardián del agua enarbolaba un recogedor de piscina de mango largo como si se tratara de algún tipo de arma insólita.

Furioso, Laing se acercó a la carrera. Pero nadie estaba echando a los niños de la piscina. Se apartaron cuando Laing se acercó. El contable estaba en el bordillo y extendía el recogedor como podía por la superficie calmada. Al otro lado, tres nadadores que flotaban en la piscina cuando se produjo el apagón se afanaban en el bordillo para salir. Reparó por instinto en que uno de ellos era Richard Wilder. Laing cogió el mango del recogedor. Mientras los niños lo observaban, ayudó al contable a extenderlo por el agua.

El cadáver de un lebrek afgano ahogado flotaba en el centro de la piscina.